

70 años de Beatriz Espejo

Ignacio Solares

Beatriz Espejo es autora de una obra concisa, compacta, de gran belleza y rigor. La literatura ha sido su vocación desde que tenía diecisiete años, una vocación indeclinable que ha ejercido a través de la narrativa, el periodismo, el ensayo, la docencia y la investigación académica.

Su destino literario no es producto de la casualidad ni de un influjo astral sino que ella la asume, de alguna manera, como proveniente de una verdadera herencia genética, ya que su abuela era médium escritora.

Nos cuenta Beatriz:

Muchas veces por las tardes o las noches, mi abuela se quedaba mirando hacia el techo. Me pedía que no me moviera porque habían aparecido sobre el marco de las puertas o arriba de las cortinas unas lucecitas que se cambiaban de lugar. Se columpiaban en las ondas de las cortinas, bajaban por los flecos, se deslizaban por las tiras laterales o iban hacia un rincón. Mi abuela me decía que no eran espíritus chocarreros sino amistosos, y que los reconocía por el color de su luz. Tal como venían se esfumaban sin avisar...

De estas experiencias, ella asegura, proviene el tono fantasmagórico que suele filtrarse en su obra narrativa, donde sus personajes juegan entre la realidad y la fantasía.

Procedente de una acomodada familia veracruzana, la niña Beatriz pronto se reveló como una ávida lectora y una precoz escritora. Al mudarse a la Ciudad de México, la joven Beatriz decide estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde se encontrará con los grandes maes-



Beatriz Espejo

tros que marcarán su vida y su obra: Julio Torri, Juan José Arreola, Luisa Josefina Hernández y Sergio Fernández. Allí también coincidirá con otros incipientes escritores, aunque ella nunca se considerará perteneciente a ninguna generación: José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Huberto Batis, Salvador Elizondo, José de la Colina, entre otros.

Fue Juan José Arreola quien publicó sus primeras prosas breves bajo el título de *La otra hermana*, en su célebre colección Cuadernos del Unicornio en 1958. Sin embargo, con el tiempo, ella consideraría esos textos primerizos e infantiles, y de hecho en la actualidad son inencontrables.

No sería sino hasta 1979 que publicaría su primer libro de cuentos propiamente dicho: *Muros de azogue*, que surgió de una selección de veintiún textos de entre más de sesenta, con la que empezó a configurar una verdadera zaga veracruzana y emprendió una temática so-

bre mujeres en diferentes circunstancias y problemáticas.

En estos relatos, Beatriz Espejo nos ofrece una mirada literaria a su vida familiar, que le sirve como alacena para contar las historias del mundo de la declinante burguesía mexicana, que le parece un pez fuera del agua que está dando las últimas bocanadas, es decir, de una burguesía en proceso de extinción y de una clase media en proceso de transformación. Todo ello enmarcado en la ardiente atmósfera del puerto de Veracruz, con sus creencias místicas, sus delicias culinarias, los personajes indolentes, envueltos en una sombra fantasmal que provoca la superstición emanada de brujos y chamanes.

Ya desde este primer libro, Beatriz Espejo se revela como una narradora notable con una voz distintiva, que proviene en buena medida de la influencia y admiración de sus más queridas autoras: Katherine Mansfield y Katherine Anne Porter.

De la primera, Beatriz reconoce coincidir en “trabajar literariamente cosas en apariencia intrascendentes”, así como el descubrimiento temprano de la vocación, las pesadillas, las travesuras que enloquecían a su madre y la educación pequeño burguesa.

Con la segunda se identifica porque su obra acusa “una implacable voluntad de estilo y una manera femenina de mirar el mundo”. En un ensayo publicado recientemente en la *Revista de la Universidad de México*, como si se estuviera refiriendo a su propio quehacer, Beatriz Espejo señala que Katherine Anne Porter “sostenía que para encontrar un estilo deben seguirse reglas inventadas sin imitar a nadie, porque las huellas digitales señalan el camino de

una persona y no se parecen a las de ninguno”. Además, Porter —a la que Beatriz logró entrevistar en sus últimos años— afirmaba que “nada carece de significado y que debía ofrecer su propia idea del mundo, pues en su opinión un buen cuento debe ofrecer al menos dos lecturas: la escrita en letras de molde y la que queda revoloteando en el espíritu de quienes lo leen; que los detalles mínimos y fugaces inadvertidos para el común de las mortales esconden sentidos ocultos que únicamente un artista logra rescatar”.

Mientras pulía y afinaba sus creaciones para conformar su primer libro de cuentos, Beatriz Espejo se dedicó al periodismo y a la actividad académica. En 1959, junto con Margarita Peña y otras periodistas y escritoras, fundó y dirigió la revista *El Rehilete*, que sin ser abiertamente feminista militante, en sus diez años de existencia se convirtió en una importante tribuna para la expresión literaria de las mujeres mexicanas y para el tratamiento de temas relacionados con la problemática femenina.

Cabe destacar que, aunque la gran mayoría de sus personajes son del sexo femenino, no significa que la obra de Beatriz Espejo sea feminista, sino que más bien se puede identificar claramente que es escrita por una mujer, con una sensibilidad eminentemente femenina.

Así se define Beatriz:

Soy feminista a mi manera; siempre lo he sido, así nació. Las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres. En mi casa nunca hubo ninguna discriminación en ese sentido. Cuando le dije a mi padre que quería ser escritora, me dijo: “Está bien, no hay problema”. Y aunque se murió cuando yo no había terminado la carrera, siempre fomentó mi amor por la literatura. Mi mamá también me apoyó. En mi casa jamás se opusieron a que estudiara. Una mujer, entre más culta es, tiene más armas en la vida. Ésa es la base del feminismo.

En 1993 apareció un nuevo libro —por el que le otorgaron el Premio de Narrativa Colima—: *El cantar del pecador*, diez cuentos en los que continúa su zaga veracruzana, recurriendo de nuevo a los recuerdos de fa-

milia como en *Muros de azogue*, pero ahora con una prosa aún más depurada, donde Beatriz se ha vuelto dueña de los recursos estilísticos con los que supera las dificultades que implica el cuento corto, demostrando una pericia narrativa excepcional que le permite verter en unas cuantas páginas sus obsesiones y nostalgias.

La preocupación esencial de los personajes de este libro es la soledad ontológica del ser humano y la certidumbre de la muerte, que sólo desaparece en los momentos gozosos del amor. Podría decirse que *El cantar del pecador* es una especie de novela fragmentada que aborda la vida de los personajes femeninos desde cuatro perspectivas, que se entrecruzan para mostrar un mosaico de la decadente vida burguesa: la identidad femenina, el matrimonio, la provincia y la religión.

Por ejemplo, en el cuento que le da título al libro, una de las personajes describe así su circunstancia: “Empecé a concluir que pertenecíamos a una raza en decadencia que se ahogaba lentamente. Moríamos de nuestra propia muerte, ballenas encajadas en playas desiertas. Cuanto me rodeaba adquiría la rosada y crujiente transparencia de las flores prensadas entre las hojas de un libro. A cada puntada se me borraban los recuerdos...”.

En 1997 publicó *Alta costura*, con el que recibió el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí. En ese libro se aleja de la temática familiar y nostálgica, y explora la vulnerabilidad de la mujer moderna que se encuentra atrapada en la telaraña de sus circunstancias, con una prosa perturbadora, plagada de ironía y humor negro, ubicando sus historias en otros escenarios como la Ciudad de México, Nueva York y Barcelona. Además rinde homenaje a varias escritoras mexicanas que la han marcado. Para cada autora eligió una forma de contar que se ajusta a la personalidad de cada una de ellas: Inés Arredondo, Pita Amor y Elena Garro.

En ese momento de su carrera literaria, Beatriz ya era considerada una de las mejores cuentistas de nuestro país. Su obra había aparecido en diarios, revistas y suplementos, además de diversas antologías, donde se le reconoce su maestría como oficiente del cuento.

Durante años, Beatriz había mantenido enterrada la espina de la novela, del relato de largo aliento. En alguna ocasión declaró: “Digámoslo así: mientras la novela es un amor que dura, el cuento es una pasión rápida que se acaba en pocas páginas”.

Finalmente, en 2001 publicó su única novela hasta el momento: *Todo lo hacemos en familia*, que concibió y realizó deliberadamente como una novela fragmentada. Se trata de la historia de una mujer madura, matriarca de una familia burguesa venida a menos y finalmente caída en desgracia, que se dedica a bordar un mantel donde cuenta la historia de su vida. Al tiempo que la narradora va tejiendo, se van entrelazando las historias de los demás miembros de la familia. Se trata de un espléndido tapiz donde se entremezclan los diversos planos en los que transcurre la vida familiar de una casa de la provincia veracruzana. De esta novela cabe destacar tres aspectos fundamentales: la creación de personajes, cada uno con su propia personalidad y su propio lenguaje; la factura idiomática, donde cada palabra se encuentra en el lugar requerido, y los diversos tonos, que ofrecen matices para una prosa densa, espesa, dramática, con los que, como en una pintura que requiere diversos ejercicios de perspectiva, la autora plantea una lectura compleja de las relaciones amorosas, familiares y humanas.

En 2004, Beatriz regresó al género breve con *Marilyn en la cama y otros cuentos*, donde hace nuevos homenajes a personajes como Anthony Quinn, Vincent Van Gogh, otra vez a Elena Garro y, por supuesto a Marilyn Monroe, de la que nos ofrece retrato desgarrador: una Marylin obesa, alcohólica, adicta a las pastillas, hinchada, embarazada, muerta; un relato donde con gran maestría el horror desborda a la belleza.

Si a Julio Torri, uno de los admirados maestros de Beatriz Espejo, Antonio Caso lo llamó “cuentagotas” por la brevedad de su obra, podríamos considerar a Beatriz también una escritora a cuentagotas, pero en su caso serían gotas de perfume, pues de cada uno de sus libros se desprende el aroma característico de la buena literatura, de textos trabajados y pulidos con gran cuidado, que seducen, conmueven y sorprenden al lector. ■